

Teresa de Lisieux: Modelo de formadora

Raúl Rodríguez Pulido

Religioso de la Legión de Cristo

Introducción

DEBIDO A LA IMPORTANCIA DE LOS FORMADORES EN LA VIDA RELIGIOSA, este sencillo trabajo desea presentar algunos principios que Teresa de Lisieux vivió en su relación con las novicias a ella encomendadas.

Teresa fue formadora de novicias y, espiritualmente, de dos sacerdotes. Fueron menos de diez almas a las que tuvo que formar por mandato de la obediencia. Son pocas las páginas que ella dedica en sus manuscritos a hablar específicamente sobre la formación de las novicias. Sin embargo, esto no disminuye la fuerza de su testimonio. En sus escritos se dejan entrever muchos aspectos que hicieron de ella una formadora modelo. Su vida entera está esmaltada de tanta claridad y sencillez que su ejemplo convence a quien se acerca a ella. Teresa para el formador actual es, además de doctora de la Iglesia, una intercesora y un modelo.

1. El amor de Jesús

Es sólo desde la perspectiva del amor de Jesús desde la que hay que mirar el ejemplo de Teresa de Lisieux. Todas las dimensiones de su persona y sus relaciones con los demás pasan a través de este prisma del amor. Para entender adecuadamente su ejemplo como formadora, hay que adentrarse primero en su experiencia del amor de Jesús.

Dios es Amor y su amor se ha manifestado en la persona de su Hijo, de Cristo Jesús. Amando totalmente a Jesús, Teresa ama a toda la Trinidad. Éste es el centro neurálgico de la espiritualidad de Teresa del Niño Jesús. Toda su vida es un continuo mirar a Cristo, de amarlo. No se cansa de repetir *¡oh, Jesús, mi primer y único amigo, el UNICO a quien yo amo!*¹ Sus últimas palabras testimoniarán el objeto de su corazón: *¡Dios mío... te amo!*² Ella vivió sólo de amor a Jesús y siempre tuvo la certeza de su vocación al amor de Jesús dentro de la Iglesia. El amor de Jesús fue el principio de su obrar y el culmen de su vida.

¹ Ms B, 4v

² CA 30.9

Durante algún tiempo Teresa padeció una fuerte tensión en su alma. Veía el amor de Jesús hacia ella, pero no sabía cómo llegar hacia Él, cómo amarle como Él tenía que ser amado. *¿Cómo un alma tan imperfecta puede poseer la plenitud del Amor?*³ Veía, por un lado, la infinitud del amor de Dios y, por otro, su pequeñez, su imposibilidad de amar a Dios como Él la había amado. Fue precisamente en la Navidad de 1886⁴ cuando Dios supo sacarla del estrecho círculo en el que ella daba vueltas y vueltas sin acertar a salir. En esa noche Dios encarnado y hecho Niño le encendió una sed insaciable de amor por Él y por las almas. Teresa sintió que podía amar a Dios, pues Él se había hecho Niño, y es propio de los niños dejarse amar por los demás.

Es posible amar a Dios con todo el amor personal, concluyó Teresa, pero ¿cómo? ¿Cuál es el camino más rápido para amarlo con totalidad, para agradarlo mejor? No será sino hasta su entrada en el Carmelo cuando ella resolverá esta pregunta tan existencial. Leyendo una frase del libro de los Proverbios 9, 4 (*Si alguno es pequeño que venga a mí*), la alegría inundaría su corazón al serle revelado *sa petite voie*, el camino más rápido para llegar al Amor Divino. Ella se sentía pequeña y no sabía cómo amar a ese Dios hecho Niño. Se comparaba con los grandes santos y se desanimaba al no poder imitarlos. Pero entendió que si ella se mantenía pequeña en todo, el Amor la alzaría en sus brazos y la sentaría sobre sus rodillas para acariciarla; el Amor la consolaría como una madre consuela al hijo de sus entrañas.⁵ Teresa ve en Dios a un Padre que, a pesar de ser un Rey, no duda en abajarse y tomar en los brazos a su hija, cuando ésta se muestra tan pequeña e inocente.

Para Teresa ser pequeño significa reconocer la propia nulidad y esperar todo del Buen Dios, como un niño espera todo de su padre. Es no inquietarse de nada. No es que el alma no deba esforzarse por demostrar su amor. El alma se siente tan conmovida al poder amar a ese Dios hecho Niño que, al experimentar su pequeñez, decide ofrecer cada sacrificio que el Buen Dios le pida, pues sólo con los pequeños sacrificios puede amarlo.

La pequeñez espiritual no es, por tanto, un estado de pietismo. Al contrario, Teresa irrumpe en deseos de trabajar lo más posible por alcanzar ese Amor:

³ Ms B, 4v

⁴ Cfr. Ms A, 44v

⁵ Cfr. Is 66, 13

Siento la necesidad, el deseo de realizar por ti, Jesús, las más heroicas hazañas. . . Siento en mi alma el valor de un cruzado, de un zuavo pontificio. Quisiera morir por la defensa de la Iglesia en un campo de batalla. . .⁶

Para Teresa, abandonarse al Amor, siendo pequeña, es confiar en que Jesús acepta su amor y lo hace infinito, es tener una esperanza ciega en la Misericordia Divina, es subir más rápido la cima de un monte, o subirse a un ascensor que acelera la subida al Amor, o ser como un pájaro que vuela y vuela mirando sólo el sol infinito con la seguridad de llegar a Él, a pesar de su fragilidad y del viento.

Consagrarse al amor de Jesús. Esta es la vocación de Teresa e implica fundamentalmente ser víctima, holocausto, ofreciéndose al sufrimiento para que el alma, al contacto con el fuego Divino, pueda ser más bella y purificada. Al Amor se llegará por el sufrimiento y la renuncia total de sí misma. La vocación al Amor es vocación a dejarse transformar por el fuego del sufrimiento.

Sí, Teresa ve claramente que el sufrimiento no puede sino hacer su alma más bella, más agradable a Dios, pues el fuego Divino la asemeja cada vez más a sí. El amor de Jesús la hace semejante a Él. Y esto es lo único que Teresa busca.

El amor de Jesús, en conclusión, es esa experiencia subjetiva del amor tierno de Dios que se abaja para dejarse amar hasta por el alma más sencilla y pequeña de esta tierra. El amor que Él pide en respuesta es el de los pequeños sacrificios, que van modelando el alma a imagen de ese Niño de Belén. Esos sacrificios simplifican el alma y la centran en el Amor.

2. Acercar las almas al fuego Divino

Habiendo analizado el centro de la espiritualidad de Teresa del Niño Jesús, se podrá ver con más claridad cuál es, según Teresa, la labor principal del formador de almas consagradas: llevar las almas al amor de Jesús. Y hacerlo no es otra cosa que dejar que el fuego Divino las transforme, como la ha transformado a ella. Sólo si se posee este amor de Jesús, mediante el sufrimiento en lo ordinario, el alma consagrada realizará su vocación en plenitud. *Sí, para que el amor quede plenamente satisfecho, es preciso que se abaje hasta la nada y que transforme en fuego esa nada. . .*⁷

⁶ Ms B, 2v

⁷ Ms B, 3v y 4r

Es realmente imposible que el formador colabore con Dios, acercándole a las almas para que Él las transforme si él mismo no se ha dejado transformar. Una herramienta de hierro que no ha sido forjada en el crisol no puede servir para esculpir una obra de arte ni para forjar otras. Pero, ¿cómo puede el formador calibrar la fuerza de su temple, la hondura de su amor? Es una pregunta importantísima, pues de ella depende la eficacia de su acción. Teresa presenta algunas virtudes que muestran hasta qué punto el formador está cumpliendo su misión de acercar las almas a ese fuego Divino.

En primer lugar, Teresa habla de la identificación del formador con la Voluntad de Dios y utiliza la imagen de un pincel:

Madre querida, yo soy un pincelito que Jesús ha escogido para pintar su imagen en las almas que usted me ha confiado. Un artista no utiliza solamente un pincel, necesita al menos dos. El primero es el más útil, con el que da los colores comunes, y cubre totalmente el lienzo en muy poco tiempo; del otro, del más pequeño, se sirve para los detalles.⁸

El formador, como dice el Concilio Vaticano II, tiene que ser dócil instrumento de Dios. De poco servirá a la mano Divina un instrumento que no esté habituado a las altas temperaturas provocadas por el fuego. Dios formará a las almas en el fuego del crisol y necesita que su instrumento esté amoldado a su Mano, que esté en perfectas condiciones para utilizarlo como instrumento de salvación.

Claro está que el formador a veces siente que su misión va más allá de sus cualidades, pues Dios no sólo le pide entregarse con todo su ser al Amor, sino ayudar y sostener a otros. A este propósito, Teresa escribía lo siguiente:

Cuando me fue dado penetrar en el santuario de las almas, vi enseguida que la tarea era superior a mis fuerzas. Entonces me eché en los brazos de Dios como un niño, y, escondiendo mi rostro entre sus cabellos, le dije: Señor, yo soy demasiado pequeña para dar de comer a tus hijas. Si tú quieres darle a cada una, por medio de mí, lo que necesita, llena tú mismo mi mano.⁹

El formador tiene que estar íntimamente unido a Dios para poder acercar a las almas a ese fuego Divino. Pero también tiene que potenciar al máximo sus cualidades humanas, pues es modelo para sus hermanos. Ellos se

⁸ Ms C, 20r y 20v

⁹ Ms C, 22r

sienten alentados cuando tienen a un formador santo y lleno de esas cualidades humanas, sobre todo en el trato. Teresa llegó a sentir un grande deseo de escuchar algo que no fueran alabanzas por parte de las novicias. *A los ojos de las criaturas todo me sale bien [...] Si pasase por ser una religiosa llena de defectos, inepta, poco inteligente y alocada, usted, Madre, no podría dejarse ayudar por mí.*¹⁰

Entre estas virtudes humanas está en primer lugar la flexibilidad de juicio. El formador tiene que saber olvidarse por completo de los propios gustos y de las ideas personales y guiar a las almas por los caminos que Jesús les ha trazado. Cuando hay sencillez y apertura en el formador, los súbditos *tienen que poder decir lo que piensan con total libertad, lo bueno y lo malo.*¹¹

Junto con la flexibilidad de juicio se encuentra la firmeza y la prudencia. Son dos virtudes que siempre van unidas. El formador no está para ser el centro del afecto y atención de toda la comunidad. *Nunca, por la gracia de Jesús, he tratado de granjearme sus corazones,* comenta Teresa.¹² El aprecio quizás le venga por las circunstancias. Pero su responsabilidad es que nada se escape a sus ojos. Tiene que estar en lo alto de una torre para controlar desde allí al enemigo de las almas.¹³ Cuando alguna persona haga alianza con el enemigo, tiene que ser firme y reprender. Tiene que ser sumamente severo ante la mínima desviación de las almas. Jamás consentirá con aquello que no sea el plan de Dios sobre una determinada alma.

Pero al mismo tiempo, tiene que ser consciente de que tiene que haber un equilibrio entre exigencia y motivación y, sobre todo, entre exigencia y la situación concreta de cada alma:

Lo primero que descubrí fue que todas las almas sufren más o menos las mismas luchas, pero que, por otra parte, son tan diferentes las unas de las otras [...] No se les puede tratar a todas de la misma manera. Con ciertas almas, veo que tengo que hacerme pequeña, no tener reparo en humillarme confesando mis luchas y mis derrotas. Al ver que yo tengo las mismas debilidades que ellas, mis hermanitas me confiesan a su vez las faltas que se reprochan a sí mismas y se alegran de que las comprenda por experiencia. Con otras, por el contrario, he comprobado que, para ayudarlas

¹⁰ Ms C, 26v

¹¹ IBID.

¹² Cfr. Ms C, 23v

¹³ Cfr. Ms C, 23r

hay que tener una gran firmeza y no dar nunca marcha atrás de lo que se ha dicho. Abajarse no sería humildad, sino debilidad¹⁴.

Los latinos acuñaron el término que ha pasado al vocabulario pedagógico: *suaviter in forma, fortiter in re*. Hay que ser muy duro y firme en lo que tiene que exigirse por el bien del otro, pero a la vez muy suave en la forma de hacerlo. El formador tiene que mirar la situación personal de cada alma y su psicología para ver cómo exigirle. Siempre tiene que *mostrar a sus súbditos el amor con el que Dios los ama*.¹⁵

Para lograr armonizar la severa exigencia con la prudencia, el formador necesita la bondad de corazón. No se trata de un barniz, ni de hipocresía. El formador realmente tiene que pensar y querer el bien del súbdito. A veces, a nivel sensible, puede haber contrastes entre el carácter del formador y el del formado. Entre dos personas puede haber un antagonismo fuerte, de forma natural. Es algo muy normal a nivel humano. Pero tiene que hacer el hábito de pensar bien del súbdito, de quererlo, de manifestarle una actitud de benevolencia, de buscar siempre el bien del otro. Gracias a la bondad de corazón se puede escuchar y comprender a los súbditos.

¡Es tan importante la comprensión! El formador tiene que saber abajarse al súbdito y comprender su pasado, su psicología, sus deseos, sus debilidades. Tiene que saber acercarse al alma que no quiere o no puede abrir sus sentimientos o debilidades. Tenderles la mano siempre.

Para que haya esta bondad, es necesaria la oración y el sacrificio por los súbditos. Ellos se dan cuenta cuando el formador los quiere y reza por ellos y cuando el formador es un simple coordinador de las actividades comunitarias. *Sí, toda mi fuerza se encuentra en la oración y en el sacrificio; ésas son las armas invencibles que Jesús me ha dado, y logran mover los corazones mucho más que las palabras*.¹⁶

Esta bondad de corazón se manifiesta en la humildad y en el servicio desinteresado. Humildad para saber reconocer sus propios errores¹⁷ y, sobre todo, para agradecer todo, todo lo que los demás le ofrecen. El servicio abarca una gama amplísima de detalles: saber cuáles son las fechas más

¹⁴ Ms C, 23v

¹⁵ *Perfectae caritatis*, n. 14.

¹⁶ Cfr. Ms C, 24r. Es muy útil ver cómo Teresa insiste en este punto de la oración, sobre todo, en sus relaciones con dos sacerdotes que se le encomendaron, el P. Bellière y el P. Roulland. Cfr. LT 213, 220, 224, 226 y 244.

¹⁷ Cfr. CA 5.7.1

importantes para su súbdito¹⁸, preocuparse prudentemente por los proyectos del formando, estar cerca en momentos importantes para ellos¹⁹, estar disponibles cuando lo necesitan, dialogar fraternalmente, alentarles y estimularles aun en las cosas sencillas²⁰, festejar los progresos²¹, etc. La bondad hace que el formador realmente contemple al otro como Cristo.

La docilidad a la voluntad de Dios, la flexibilidad de juicio, la prudencia y la firmeza, la bondad de corazón, la mansedumbre, la comprensión, el servicio y la oración por las almas encomendadas son algunas de las virtudes que, según Teresa, muestran hasta qué punto el formador será capaz de poner el amor de Jesús en lo más íntimo del corazón de sus súbditos.

Habiendo analizado algunas virtudes del formador, convendrá ahora especificar más detalladamente la dimensión esencial de cada vida consagrada y, en consecuencia, hacia dónde deben de ir todos los esfuerzos del formador: El amor de Jesús.

3. Buscad los carismas mejores²²

Del misterio pascual surge además la misión, dimensión que determina toda la vida eclesial. Ella tiene una realización específica propia en la vida consagrada. En efecto, más allá incluso de los carismas propios de los Institutos dedicados a la misión *ad gentes* o empeñados en una actividad de tipo propiamente apostólica, se puede decir que la misión está inscrita en el corazón mismo de cada forma de vida consagrada.²³

Toda la actuación del formador está dirigida a que el súbdito responda fielmente al Amor, quien le ha llamado para *estar con él y predicar*.²⁴ Tanto las almas contemplativas como las de vida activa, tienen la misión de amar y hacer amar a Jesús. Para esto se han consagrado.

Es importante que el formador tenga bien claro el ideal de santidad y de apostolado al que el alma consagrada está llamada: Ser apóstol de Cristo. Amar y hacer amar a Jesús. Por eso, todos los elementos formativos deben de estar orientados a modelar el alma según este ideal.

¹⁸ Cfr. LT 193

¹⁹ Cfr. LT 214 y 265

²⁰ Cfr. LT 224

²¹ Cfr. LT 201

²² 1Co, 12, 31

²³ JUAN PABLO II, *Vita consecrata*, n. 25

²⁴ Mc 3, 14

Frecuentemente, el problema que los formadores encuentran no es tanto la falta de celo apostólico en sus súbditos. En general, la mayoría de las personas que se consagran a Dios acuden con un ardiente deseo de servir y dar su vida por la salvación de las almas. El escollo en el que caen las almas es el de sentirse desorientados en su labor apostólica.

Esta desorientación consiste en algo similar a lo que experimentó Teresa de Lisieux. Ella, habiendo experimentado el Amor, deseaba con toda su alma dar a conocer este Amor a los hombres. Pero no sabía cómo hacerlo, cuál era la mejor forma de realizar su ideal: *Siento la vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir.*²⁵

Cuando un alma se entrega a Dios, inicia su labor apostólica frecuentemente en un ambiente sencillo, que poco a poco va alejando los sueños idílicos de apostolado que la persona se había imaginado. El alma consagrada en sus primeros años puede decir con pasión: *Tengo vocación de apóstol... Quisiera recorrer la tierra, predicar tu nombre y plantar tu cruz gloriosa en suelo infiel.*²⁶ Pero poco a poco, la vida real y monótona de cada día le hace entender que la labor que realiza es muy similar a la vida de tantos seglares (enseñanza, puestos administrativos, secretariales o de atención a enfermos, etc.) El alma consagrada encuentra en estos momentos una cierta decepción. Vino a salvar a las almas y se encuentra haciendo casi lo mismo que aquellos que optaron por la vida matrimonial.

Es en este momento donde el formador tiene que ayudar al alma consagrada a ir a lo esencial en su vida. El Amor a Jesús hará al alma espiritualmente fecunda. Así lo entendió Teresa:

Seguí leyendo, sin desanimarme, y esta frase me reconfortó: «Ambicionad los carismas mejores. Y aún os voy a mostrar un camino inigualable». Y el apóstol va explicando cómo los mejores carismas nada son sin el amor... Y que la caridad es ese camino inigualable que conduce a Dios con total seguridad. [...] La caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos ellos. Comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que ese corazón estaba ardiendo de amor. Comprendí que sólo el amor podía hacer actuar a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegaba a apagarse, los apóstoles ya no anunciarían el Evangelio y los mártires se negarían a derramar su sangre... [...] Entonces, al borde de mi alegría delirante, exclamé: ¡Jesús, amor mío..., al fin he

²⁵ Ms B, 2v

²⁶ Ms B, 3r

encontrado mi vocación! ¡Mi vocación es el amor...! Sí, he encontrado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, Dios mío, eres tú quien me lo ha dado... En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor... Así lo seré todo... ¡¡¡Así mi sueño se verá hecho realidad...!!!²⁷

Teresa captó la realidad íntima que encierra la vocación del alma consagrada, es decir, la de ser el corazón del Cuerpo Místico de Cristo. Pero el amor no está condicionado a alguna forma específica de trabajo, profesión y actividad. El amor que el alma consagrada ofrece a Jesús es el amor de donación, el amor gratuito y sencillo, que brota del corazón en las más variadas circunstancias de la vida. El corazón virginal hace consistir su amor en *arrojar flores y no dejar escapar ningún pequeño sacrificio, ni una sola mirada, ni una sola palabra, aprovechando hasta las más pequeñas cosas y haciéndolas por amor...*²⁸

El formador tiene que ayudar a sus súbditos a ver que lo esencial en su vida es latir dentro del corazón del Cuerpo Místico de Cristo, ofreciéndose a sí mismos como víctimas a Dios, mediante el corazón y no sólo mediante sus manos o sus grandes cualidades. Su vida consagrada es esa *tierra que da fruto por sí misma; primero hierba, luego espiga, después trigo abundante en la espiga.*²⁹

Sólo mediante el amor de Jesús el alma consagrada será fiel y perseverará hasta la muerte. Sólo con el amor de Jesús se realizará la misión apostólica encomendada por Dios. Sólo el Amor dará fuerzas a cada alma para seguir a Cristo cada día y dar su vida por Él.

Desde esta verdad que nos enseña la Iglesia y vemos en el ejemplo de tantos santos a lo largo de la historia, se percibe mejor aquello que es esencial en la labor de todo formador de almas consagradas: Llevar a las almas hacia el amor de Jesús.

Conclusión

Teresa del Niño Jesús ha podido ofrecernos con su ejemplo el camino rápido que lleva al amor de Jesús, única razón de la vida consagrada. Ese sendero es el de los pequeños actos de amor, el ofrecimiento total de la propia pequeñez.

²⁷ Ms B, 3v

²⁸ Ms B, 4r

²⁹ Mc 4, 28

La santa de Lisieux también ha podido presentarnos una serie de virtudes que deben adornar el alma de cada formador, pues sin ellas el formador no podría acercar a las almas a ese fuego Divino. A este respecto, el Concilio Vaticano II resume estas virtudes así:

Los superiores, por su parte, que han de dar cuenta a Dios de las almas que se les han confiado (cf. Heb 13,17), dóciles a la voluntad de Dios en el desempeño de su cargo, ejerzan su autoridad con espíritu de servicio a los hermanos, de suerte que manifiesten la caridad con que Dios los ama. Dirijan a sus súbditos como a hijos de Dios y con respeto a la persona humana, promoviendo su subordinación voluntaria.³⁰

Teresa de Lisieux es la *doctora por excelencia del Amor de Jesús*, como la llamó el P. François-Marie Léthel. Y fue gracias a ese conocimiento íntimo del Amor, por el que supo formar a las almas encomendadas a ella.

Cada formador, como se ha visto en el ejemplo de Teresa, realizará mejor su misión en tanto cuanto esté experimentado en la ciencia del Amor de Jesús. Ese Amor le ayudará a modelar el corazón del alma consagrada según el Corazón de Cristo.

¡Que el amor de Jesús esté siempre en el centro de cada alma consagrada! Ésta es la misión del formador.

Siglas

- Ms Manuscrito
- LT Cartas
- CA Cuaderno amarillo
- PN Poesías
- OR Oraciones

³⁰ *Perfectae caritatis*, 14